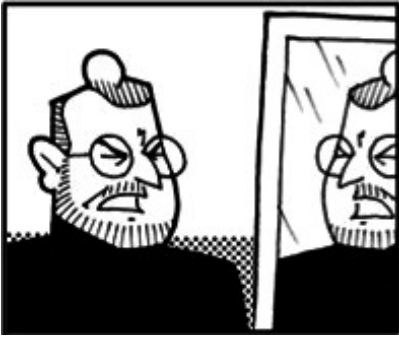


LA CICATRIZ, NO MENTÍA...



Quiste sebáceo o lupia: Se trata simplemente de una pequeña bola de grasa, totalmente benigna y de crecimiento muy lento, por debajo de la piel. Una impertinencia antiestética de la naturaleza, de consistencia sólida al tacto, globosa como un brote contenido de erupción volcánica, pero totalmente inofensiva. Móvil como algo inútil que sobra y absolutamente indolora. Es totalmente asintomática, salvo que presente algún signo de infección. Se diagnostica mediante una simple inspección visual y raramente,

requiere de biopsia para confirmar su naturaleza benigna e inocente.

Son tratados con pequeñas aberturas en la piel, con anestesia local, salvo que sean muy grandes. En solo siete días, se sacan los puntos y solo algunas veces, se les puede dejar un drenaje de gasa. Nada puede ser más sencillo de operar, que un quiste de grasa. Nada.

[Daniel Orlando, Administrador de Sanatorio. Reluciente Rolex de oro en su muñeca izquierda y una elegante lapicera Mont Blanc en el bolsillo de la solapa de su saco. Lucia un saco de confección a medida y una corbata italiana de fina seda, todo el tiempo]

El costo de extirpar un quiste sebáceo en una sala de guardia de cualquier hospital, probablemente se acerque a "cero pesos". Es lógico, pues los practicantes comienzan sus primeros pininos quirúrgicos, ensayando con este tipo de lesiones tan vulgares y ordinarias. Y si la operación fuese realizada por un cirujano plástico, sus honorarios podrían costarle a un desprevenido paciente - y como máximo - unos ciento cincuenta dólares. Y no más.

Irene, Reina Mundial de la Belleza: Recientemente había conquistado el cetro de "Miss Mundo". Con sus frescos veintidós años, era una escultural belleza rubia y ojos azul celeste como el cielo, que había obtenido los diez mil dólares del primer premio y la correspondiente dorada corona. Encandiló a todos en un desfile en traje de baño en la pasarela, acompañado de una coreografía sencilla pero muy sexy, al son de una rítmica música tecno.

Fue elegida entre veinticinco participantes finalistas, por sus sobresalientes cualidades físicas y por su ingeniosa capacidad de respuesta, ante las difíciles preguntas del jurado.

Bajo la luz de cientos de flashes de las cámaras de los periodistas, ella permanecía inmóvil cual una Diosa Platónica. Horas y horas posando y desfilando, pero siempre permaneciendo igual a sí misma. Era la imagen terrenal de la perfección virtual y celestial. Como un trofeo

imposible de ser ganado por alguien, solamente estaba expuesta a las miradas de la gente y sin posibilidad de ser tocada.

Al contemplar su rostro divino o su hermoso cuerpo, cualquier varón sentía un íntimo estremecimiento. Y una angustia rayana en el terror, cerraba sus gargantas, mientras e; corazón daba un vuelco. Tan exótica y pura era su belleza, que era raro el hombre que no contuviese su respiración al contemplarla.

La mayoría de los varones que la miraban, quedaban exaltados, como desesperados y confundidos, locos. Y no faltaba aquel, que hasta hubiese sido capaz de ofrecerle todo tipo de sacrificios, postrado de rodillas, devoto como ante una verdadera Santa o a una inalcanzable Diosa.

Su imponente figura solo era comparable a una bella carroza primaveral, ataviada con miles de pimpollos de flores extravagantes, o semejante a un verdadero capullo pintado al óleo, por el mejor artista de todos los tiempos.

[Lupia. En solo siete días, se sacan los puntos y solo algunas veces, se les puede dejar un drenaje de gasa. Nada puede ser más sencillo de operar que un quiste de grasa. Nada.]

Ni siquiera cuando Irene fue coronada ante los ojos del mundo, se notó en su rostro una emoción demasiado abrumadora y solo se limitó a sonreírle a todos - emoción que si era evidente, en cambio, entre las demás participantes, aunque sólo llegasen a princesa -, como si el pasar a ocupar el puesto máximo en el altar colectivo de la belleza femenina, ella lo hubiese estado esperando segura, como algo natural y lógico. Extraño e hipócrita mundo el de las reinas y princesas de la belleza femenina, donde la que gana llora y las que pierden, sonríen...

Eusebio, el Estanciero: Rico y poderoso estanciero a los treinta y seis años de edad. Poseedor de una extensa hacienda que había heredado de sus padres y de sus abuelos. Con cientos de vacas, vaquillonas y toros de las mejores estirpes nacionales y extranjeras. Primeros premios a granel en todas las exposiciones anuales de la Sociedad Rural. Pero muy poco feliz. O nada.

Su primera esposa había muerto en circunstancias algo extrañas, si bien el certificado médico, aseguraba que había fallecido de muerte natural. La gente de su pueblo, era mala. Y comentaba con mucha suspicacia...

Tenía una bien ganada fama de mujeriego, loco e inteligente. Muy rápido para los negocios, era temido y admirado por los hombres. Pero era difícil, muy difícil convivir con él... Las mujeres de su pueblo, ansiaban conquistarlo y cambiarlo en su íntima forma de ser y de sentir la vida. Pero una tras otras fueron cayendo de su cama, desechadas, malheridas y ofendidas por su desprecio a mantener una relación estable.

Era un terrateniente prepotente y rodeado de sirvientes, en una permanente actitud despreciativa, que algunos le criticaban indirectamente, diciendo que ignoraba al mundo

que lo rodeaba, quizá porque básicamente no le importaba. Lo único que quizá redimía a este joven ricachón, era su incurable e insufrible melancolía.

Quizá estaba así, porque de tanto hacer trabajar a los demás, se termino aburriendo en sus mansiones, mientras hacia girar el hielo en sus vasos de whisky, preguntándose por los misterios del universo y por las vueltas de la vida.

Era uno de esos personajes introspectivos y solemnes en la intimidad, pero excitado y parlanchín en las reuniones de alta sociedad. Tuvo un intento de equilibrio cuando se produjo la intrusión en su vida de quien fuera su mujer - ahora fallecida -, un dulce personaje de la clase baja; simple e ignorante, pero de buen corazón tierno y sensible, a la cual solo valoro cuando la perdió. Ella terminó viviendo y muriendo por instinto; él, como todo grande y poderoso rico, siguió sufriendo y filosofando sobre todo.

[Irene, Miss Mundo. La mayoría de los varones que la miraban, quedaban exaltados, como desesperados y confundidos, locos. Y no faltaba aquel, que hasta hubiese sido capaz de ofrecerle todo tipo de sacrificios, postrado de rodillas, devoto como ante una verdadera Santa o a una inalcanzable Diosa]

El drama de Eusebio era que lo que tenia, no lo llenaba. Y su único motivo de vida, era alcanzar aquellas cosas que aun no había logrado... Triste vacío existencial, del que solo salía transitoriamente, buscando no pensar o procurando desesperadamente aquello que todavía la vida le seguía negando.

Toda su existencia fue un conflicto. Relacionarse con los otros, siempre fue un problema insalvable para el. Castigado sin piedad ni clemencia por su inflexible padre, desde pequeño, se despertaba siempre con una frase dramática: - "Yo no fui, yo no fui...", conecedor de ser permanentemente acusado por sus miles de diabluras y una conducta, que no dejaba en paz a nadie.

Cuando más grande, gustaba repetir desafiante a todos los que convivían con él: -"Yo se que soy perfecto, pero lo reconozco..." Pero en su yo más intimo, era un ser lleno de un infinito y espeluznante vacío, que buscaba desesperadamente llenarlo con algo... Sin lograrlo.

Tres cosas no dejaban de crecer en su vida. Su fortuna. Una pronunciada pelada que avanzaba más y más, dejándole prácticamente al desnudo su cabeza. Y tercero, la fama entre la alta sociedad de su pueblo, de que su locura, era algo absolutamente incurable

Neurocirujano, Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz: Eximio Profesor Universitario, que se había recibido con Medalla de Oro y Diploma de Honor. Perfeccionó sus estudios de postgrado y se adiestro en los mejores Servicios de Neurocirugía de las Universidades de Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América.

Los Presidentes de la República, Embajadores, Ministros, Diputados, Senadores, Artistas, Altos Ejecutivos, Deportistas y todos los famosos de la sociedad con alto poder adquisitivo,

cuando requerían una consulta neurológica, al primero que llamaban, era a él. Y hasta las revistas de actualidad competían por mostrar sus fotos en reuniones sociales y alababan sus brillantes diagnósticos y sus quirúrgicas virtudes.

[Eusebio, el estanciero. Su drama era que lo que tenía, no lo llenaba. Y su único motivo de vida, era alcanzar aquellas cosas que aun no había logrado... Triste vacío existencial, del que solo salía transitoriamente, buscando no pensar o procurando desesperadamente aquello que todavía la vida le seguía negando]

El Neurocirujano, Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz, no hacía beneficencias, ni donaciones de caridad, aunque pagaba sus impuestos con escrupulosidad. El valor de sus honorarios, llegaba a ser hasta diez veces más caro, que la del Profesor más costoso de la Universidad. Y todos sus pacientes le pagaban, sin chistar.

Daniel Orlando, Administrador de Sanatorio: Era un caballero serio y sumamente reservado, de típica figura delgada y bien erecta, como corresponde lucir en ese puesto especial del área de la Salud Privada. Corría de un lado para el otro dentro de la clínica, ostentando un desafiante bigote fino y prolijamente recortado. Sumamente pulcro en su manera de vestir, lucía las uñas pintadas con un barniz claro y la cabellera, tenida en un furibundo negro azabache, prolijamente recortada.

Zapatos de gamuza brillantes y cepillados, reluciente Rolex de oro en su muñeca izquierda y una elegante lapicera Mont Blanc en el bolsillo de la solapa de su saco. Lucía un saco de confección a medida y una corbata italiana de fina seda, todo el tiempo.

[Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz. Eximio Profesor Universitario, que se había recibido con Medalla de Oro y Diploma de Honor. Perfeccionó sus estudios de postgrado y se adiestro en los mejores Servicios de Neurocirugía de las Universidades de Alemania, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América.]

Daniel Orlando. Cuando aparecían los clientes - para el Administrador no existían los enfermos ni los pacientes, sino los clientes, a secas -, una comercial sonrisa, extendiéndosele de oreja a oreja, cruzaba iluminando su imperturbable rostro y permitía que brillaran, entre la larga hilera de blancos y perfectos dientes, dos relucientes y llamativas coronas de oro fino.

EPILOGO EN DO MAYOR

- *Pero para esto, no necesita que lo opere yo. Un quiste de grasa, una lupia, es algo muy superficial, bien de piel, hombre... Cualquiera estudiante de Medicina se lo puede sacar en una guardia. No necesita de un Neurocirujano - dijo alzando la voz y el tono, el Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz.*
- *Pero esta ubicado en la cabeza y con la pelada que tengo, se me nota cada vez más - replicó Eusebio, el estanciero, cada vez más enojado y contrariado.*
- *Bueno, en todo caso, vaya a algún cirujano plástico. Ellos le pueden hacer un cierre de la herida, que casi no le quede cicatriz visible... Pero esto, no es para*

ser operado por un neurocirujano, pues ni siquiera toca un hueso de la cabeza... - contestó el Neurocirujano, levantando cada vez más la voz y caminando de un lado para otro.

- *¡Pero yo quiero que me quede la cicatriz, Doctor! Y quiero que el que me opere, sea usted mismo...* - insistió Eusebio – y yo le pago lo que sea.

El Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz, se quedó callado. Miro detenidamente a Eusebio y cruzo sus brazos, echándose hacia atrás en el cómodo sillón del consultorio, estudiando extrañado al excéntrico estanciero, mientras fruncía pensativo el seño:

- *Esta bien, pase por la Administración y arregle los tramites para internarse...* - dijo el médico, aparentado el haberse resignado.

Ni bien Eusebio transpuso el umbral del consultorio, el Neurocirujano llamo urgente por el intercomunicador de la clínica, al Administrador:

- *Daniel Orlando, te esta yendo a ver un loco que quiere operarse una bolita de grasa en la cabeza y quiere hacerlo solamente conmigo. Asústalo para que desista y se opere con cualquier otro... Decile que sale una fortuna ¿Sí? En todo caso, cóbrale una cifra astronómica...*

Eusebio entró a la Administración de la Clínica, fumando un largo habano cubano y expulsando largas y amplias volutas de humo. Daniel Orlando había colgado el intercomunicador y estaba pensando en pedirle diez mil dólares por la operación, pero cuando lo vio entrar - rápido de reflejos – cambió y elevó la petición por las nubes:

- *Veinticinco mil dólares...* - le largó y tragó saliva, esperando como respuesta un grosero insulto o una exclamación de sorpresa, seguida de algún intento de negociar por mucho menos.
- *¡Excelente...!* - le respondió en cambio, Eusebio - *y se los voy a pagar ya mismo y en efectivo.*

El diario de su pueblo del día domingo, en su sección “SOCIALES”, proclamaba en un llamativo recuadro: *“El conocido estanciero, Don Eusebio..., fue exitosamente intervenido por el Dr. José Manuel Gómez de Aurlitz, reconocido Neurocirujano de la Ciudad de Buenos Aires. Un tumor en la cabeza - que le producía graves trastornos en la conducta - fue hábilmente removido por las manos del eminente neurocirujano. Quedó perfecto, dicen que dijo el Galeno, cuando le dio de alta de su costosísima clínica”*

Eusebio se casó a las pocas semanas con Irene, la recientemente coronada Miss Mundo. Ella le dio el si, cuando los temores respecto de su futuro conviviendo al lado del estanciero, se esfumaron junto con el tumor en la cabeza que había sido extirpado. La responsabilidad por la historia de locuras y chifladuras de Eusebio, este se la había echado hábilmente, al pobre quiste de grasa y así, se la conquistó a Irene. La cicatriz, no mentía.

